

FEDERACIONES DE ESPAÑA

VIVIR EN OBSEQUIO DE JESUCRISTO

El seguimiento de Jesús en el Carmelo contemplativo femenino

*Este estudio nos ha llevado a reflexionar sobre las raíces de nuestra vocación cristiana y de nuestra vida consagrada. **Entenderlo** intelectualmente es fácil, **vivirlo** es más difícil, y **expresarlo** apenas si sabemos cómo hacerlo... Ciertamente que la llamada a vivir el seguimiento en parte se pierde en el misterio, pero también tiene otra dimensión que ha de convertirse en signo inteligible para los hombres de hoy, para que viendo entiendan y entendiendo crean.*

I. PERSPECTIVA BÍBLICA DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS

1. ¿Qué medios concretos utiliza tu comunidad para crecer individual y comunitariamente en el conocimiento y amor de Cristo, como fuente de fidelidad a la vocación contemplativa del Carmelo Teresiano?

En general, todas las comunidades coinciden que nuestra vida es toda ella un medio para acercarnos a Cristo, no tiene otro fin y todo en ella ha de estar dispuesto para más conocerlo y amarlo.

A. Apertura a la Revelación.

Cuidamos que el encuentro con la Palabra que nos llega en abundancia sea un encuentro con su Persona y con su voluntad desde ese sentirnos mirados y elegidos y por tanto invitados al seguimiento de Cristo. Además, intentamos sea una luz fundamental para nuestras vidas, para asimilar el estilo de vida que Él nos marca y llegar a tener sus mismos sentimientos y actitudes.

B. Oración personal.

Consideramos la oración como el eje fundamental de nuestras vidas y tratamos de cuidarla manteniendo hacia ella una fidelidad personal y comunitaria. También a ella intentamos llevar preocupaciones referidas a las desviaciones del amor, las vivencias íntimas de nuestras vidas y desde la experiencia de la bondad infinita de Dios en nuestras vidas hacernos libres para amar y entregarla.

Con silencio interior y exterior, evitando la dispersión. Experimentamos cansancio de teorías y palabras que no nos conducen al encuentro con Él y con los hermanos.

C. Liturgia

La Liturgia de las Horas y la mesa de la Eucaristía,

- Viva como encuentro diario con el Resucitado, y fuente de amor, perdón, gozo y fraternidad. Como “epifanía” del Misterio de Cristo y resumen del misterio de salvación.
- Centro de nuestra vida cristiana, carmelitana, contemplativa y apostólica, al servicio de la Iglesia. Fuente de vida y ayuda para la oración individual y comunitaria.
- La escucha, lectura orante de la Palabra de Dios (sobre todo el Evangelio y los demás

escritos del N.T.) en las celebraciones litúrgicas, en que la proclamación de la Palabra va unida a la actualización del Misterio.

Y también el sacramento de la Reconciliación, dada la importancia de dicho encuentro personal con el Señor.

D. Formación.

Con la lectura asidua de nuestros Santos Padres y Hermanas que han vivido una relación cualificada con Él y nos han dejado un testimonio de ella, descubrimos quién es Él y cómo se comunica con nosotros.

Valoramos la formación permanente como actividad cotidiana que nos hace ahondar el misterio de Cristo e ir integrando los propios dones y los desafíos del mundo actual.

E. La vida fraterna.

Procuramos tener la actitud de Jesús, estando atentas a las necesidades de las hermanas en un ambiente fraterno sano, con el diálogo, reflexión y oración comunitarias, para con todas sin imponer nuestros criterios. Poniendo en común la vida, la fe, las experiencias concretas. Nos empuja a buscar juntas la voluntad de Dios y a contagiarnos más y más de la pasión de Jesús por el Reino.

Tratamos de construir la fraternidad con realismo y humildad, conscientes de nuestras limitaciones, pero con la certeza de que Él nos acompaña y nos alienta, con un especial empeño en el mutuo respeto ante las diferencias, estando convencidas de que ellas nos conducen a la gran riqueza de la unidad dentro de la diversidad

Con las oraciones compartidas ponemos en común la oración íntima, pues es muy estimulante para despertar el anhelo de ir tras Jesús, ver cómo Él lleva a nuestras hermanas. En las reuniones de formación, en las que buscamos juntas una profundización de nuestra vocación y de este seguimiento de Jesús, ayudándonos unas a otras en la comprensión del seguimiento.

El proyecto comunitario, los retiros mensuales, los ejercicios espirituales anuales, cursos, cursillos, las oraciones con grupos que vienen a nuestras casas, etc, nos ayudan a ir trabajando juntas el ser don para Él, a caminar apoyándonos unas a otras para hacer el camino interior de identificación con Jesús. Y nos ayuda también para hacer de nuestra vida fraterna lugar de acogida mutua y donación, con un corazón más universal cada día.

F. La cruz.

Porque la purificación de la mente y el corazón nos hace aptos para verle y amarle presente en nosotros mismos, las demás personas, la comunidad, los sacramentos, las diversas circunstancias de la vida, el mundo creado..., creemos fundamental el empeño personal y comunitario de ir purificando el corazón para estar abiertas al Espíritu Santo que nos haga ver las cosas a la luz de Cristo. Llevar la cruz como un “lugar” donde se muestra el amor.

G. Las criaturas.

También a través de las criaturas se crece en el conocimiento y amor de Cristo, *“porque las criaturas son como un rastro del paso de Dios, por el cual se rastrea su grandeza, potencia y sabiduría y otras virtudes divinas”* (CB 5,3).

H. Los acontecimientos.

En un sentido amplio, son medios para crecer en el conocimiento y amor de Jesús todos los acontecimientos, grandes o pequeños, penosos o alegres, recibidos e interpretados en clave teologal, vividos con entrega generosa, agradecimiento y confianza.

2. ¿Qué aspectos del seguimiento de Jesús consideras más urgentes en el momento actual en tu vida contemplativa? ¿Por qué?

A. La comunión con Cristo.

Vivir como Él: siendo consagradas y tratando de vivir nuestros votos en profundidad. Vivir hacia

Él: Buscándole y encontrándole, entrando en su misterio y siendo transformadas en Él. Compartiendo su misión, mediante el testimonio evangélico y contemplativo de nuestra conversión.

B. Coherencia de vida.

Coherencia de vida en confrontación continua con las actitudes y sentimientos de Jesús, manteniendo una actitud orante, un modo de vivir sencillo, abierto a todos, preocupado de modo especial por los pobres, los que sufren cualquier tipo de carencias. Resaltando la importancia del «ser frente al hacer» en contraposición de la cultura actual de eficacia.

Actualizar la exigencia de nuestro llamamiento, rompiendo estructuras que nos atan con audacia evangélica, en aras de una mayor fidelidad en el cumplimiento de nuestra misión en la Iglesia.

Optar por un compromiso radical y definitivo, ya que hoy se llevan los compromisos temporales. Remitirnos al amor primero, a aquella primera llamada a la que respondimos “Sí”.

C. La oración.

Como contemplativas que somos, la primera actitud que debemos adoptar de Jesús es la orante, con la certeza de que esa misma vida de oración nos irá impregnando de las actitudes vividas por Él. Estando abiertas a la gratuidad que nos está salvando, siendo testimonio profético en la afirmación de la primacía de Dios y de los bienes del Reino.

D. Llevar la cruz.

Seguir a Jesús hoy exige el estar dispuestos a aceptar las cruces de cada día, transformándolas en salvación para los hombres, incluso la cruz manifestada en la misión que Él confía a cada uno, como persona o como comunidad, que pueden exigir de nosotros aceptar la cruz de la incompreensión y de la marginalidad.

Asumiendo nuestras limitaciones y las de las demás, falta de vocaciones, envejecimiento de las comunidades y el excesivo trabajo de los sacerdotes. Asumiendo, además, el dolor y el sufrimiento del mundo con abandono y confianza en el querer del Padre, siempre en la perspectiva de la resurrección.

E. Pobreza.

Vemos fundamental vivir fuertemente la dimensión del desprendimiento y abandono en Dios, viviendo sin seguridades, con el fin de abrir espacio de revelación, sin apegos a estructuras y medios humanos, en contraste con un mundo donde parece que los medios humanos pueden conseguirlo todo.

Aceptando la pobreza material y espiritual, ante un mundo que todo lo cifra en el dinero y en el poder, no apoyados en nuestras fuerzas sino en el poder de Dios, para compartir con Él su vida y su destino, dando testimonio de alegría y amor.

F. Fraternidad.

Nuestro testimonio de amor fraterno es el mejor reflejo de que todos somos hermanos, hijos del mismo Padre, el distintivo que nos debe señalar ante el mundo, traducido en acogida, escucha y ayuda a tantas personas que lo necesitan, con el gozo y la paz de estar con Jesús y hacer camino con Él.

G. Dimensión eclesial.

Manteniendo vivo el sentido de Iglesia y de Comunidad. Siendo «pequeño colegio de Cristo», poniendo empeño en cuidar la relación con él y entre nosotras como él la quería.

Viviendo con convicción, agradecimiento y responsabilidad la propia vocación de seguimiento en sentido de comunión y complementariedad con las otras vocaciones cristianas de seguimiento.

Y desde la fe y seguimiento de Cristo Jesús –centro de la historia y del mundo–, apertura y comprensión de la verdad y el bien de las demás confesiones cristianas, las otras religiones o culturas, los valores de la cultura actual y también los de otras épocas...

3. ¿Cómo renovar hoy y manifestar nuestro compromiso con el seguimiento de

Jesús, centro de la historia y del mundo?

A. Desde nuestro ser.

Siendo lo que somos, un grupo de Iglesia, santa y pecadora, que queremos seguir y hacer presente a Jesús en el mundo. Esto implica una relación personal con Jesús cada vez más profunda para crecer cada día en configuración con Él, lo que nos ha de llevar a renovar nuestra vida cada día y a vivir como vivió Jesús, cambiando progresivamente nuestros valores por los suyos.

Asumiendo y acogiendo nuestras limitaciones y pobreza para desde ahí poder acoger a todas las personas que se nos acercan y no escandalizarnos de sus limitaciones, pobreza y pecados, lo mismo que Jesús acogía a los pecadores, pobres y necesitados. Apoyadas sólo en Dios en quien tenemos nuestra confianza con una actitud renovada frente a las personas y las cosas, para tener un corazón y una mirada limpia como la de Cristo, su mismo señorío y libertad frente a todo.

B. Buscando el rostro de Cristo.

Buscar el rostro de Cristo en compañía de nuestros hermanos. Escuchando y acogiendo su Palabra con oído de discípulas y corazón humilde. Releyendo y repensando nuestro modo de estar con Él y cuestionándonos cómo asimilamos y respondemos a la información que nos llega y recibimos de fuera.

“*Tomar la cruz de cada día*”, aceptando las limitaciones, carencias, sufrimiento y adversidades, vividas en dimensión teológica para poder descubrir al Señor que viene y se hace presente en cada circunstancia de nuestra existencia.

C. Y nos juntó el Señor

Necesitamos la mutua ayuda fraterna de la oración y el testimonio, para manifestar calladamente, pero con absoluta transparencia, que Jesús es el centro de la historia, del mundo y de nuestro corazón, ayudándonos mutuamente a crecer en misericordia.

Como tarea de cada día queda el empeño por aceptarnos a nosotras mismas y a cada hermana, viviendo en plenitud el mandamiento del amor, expresado en el perdón reiterado cada día, siendo testigos con la propia vida de servicios de amor y de entrega para quienes nos contemplan.

Buscando un encuentro profundo con el Señor para ser una comunidad kerigmática y provocar así en los demás una confrontación con su propia vida, trabajando, de modo especial, la opción por los pobres, el prescindir de privilegios por nuestra condición de consagradas, evitando la acepción de personas, estando alerta ante la sociedad de consumo.

D. Compartiendo en solidaridad

Compartiendo con quien se acerca a nuestras casas nuestro amor, nuestra fe, nuestra esperanza con sencillez y valentía. Con verdadero espíritu de acogida fraterna. Siendo fieles al Espíritu que guía a la Iglesia y a cada uno de sus miembros.

Desde nuestra vida de oración, solidarizarnos, tanto espiritual como materialmente, con el sufrimiento humano: injusticias, hambre, marginación, explotación de la naturaleza..., teniendo conciencia de las ideologías y estructuras que oprimen a gran parte de la humanidad. Teniendo actitudes de creatividad con gestos concretos como la opción por la paz y la justicia, siendo solidarias con la gente de hoy.

E. Atentas a los signos de los tiempos

Los acontecimientos, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella, nos golpean y no es fácil sentir a Dios en el ambiente. No tenemos otra respuesta que identificarnos con Jesús, el Pobre de espíritu y volver a lo esencial del Evangelio. Tratar de ofrecer a la Iglesia el carisma al que hemos sido llamadas.

Estando abiertas a las nuevas dimensiones de la pobreza de nuestro mundo dejándonos interpelar y cuestionar por ellas. Buscando nuevos modos para que nuestra vida de silencio influya y dé a nuestro mundo peso, consistencia y equilibrio.

II- PERSPECTIVA TEOLÓGICA DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS

1. *¿Cómo podemos hoy hacer inteligible en nuestro seguimiento de Jesús la gratuidad de Dios?*

Nuestra vida es la confesión más honda de Dios como principal protagonista de la Historia. *“Fue llamando a los que Él quiso, y se fueron con Él”* (Mc 3,13). Esto nos conduce a constatar que nuestro llamamiento es un don gratuito de Dios, ya desde el Bautismo, con la adopción de hijos de Dios.

A. Desde la gratuidad.

El hecho de que Dios sea un don gratuito para todos los hombres en Cristo es algo desconocido para la mayoría, aunque es una evidencia irrevocable. Por ello creemos que lo primero para dar este testimonio es tomar cada día mayor conciencia, nosotras mismas, de esa gratuidad de Dios y del amor con que nos ama. Para ello pensamos será una actitud muy buena el tener una mirada positiva de trascendencia para todo cuanto sucede en nuestra vida y en nuestro mundo, favorable o adverso, pues en todo nos puede llegar el amor gratuito de Dios, ya que *“todo sirve para el bien de los que aman a Dios”*.

Viviendo plenamente nuestra entrega a Dios y a nuestros hermanos los hombres, comenzando por los más próximos (nuestra comunidad) y a todo el mundo, a través de la vivencia de nuestra vocación, con alegría y generosidad, sin esperar ver aquí el fruto, como puro acto de amor, viviendo ya aquí los valores del Reino (las Bienaventuranzas y el mandamiento del Amor).

Al elegirnos el Señor, hemos recibido amor, perdón, misericordia, fidelidad...; de igual modo, y en igual medida que nos hemos sentido tratados por Dios en nuestras vidas, se nos invita a tratar y a darnos en la comunidad a la Iglesia y al mundo en ella, como una manera de responder o devolver libremente por amor lo que hemos recibido como dones de Dios, y así hacer presente con nuestras vidas la gratuidad de Dios.

A través del testimonio de una vida con signos concretos, como vivió Sta Teresita, *“prestar sin esperar nada... a quien te pide el manto dale la túnica...”*; traducido en el lenguaje actual: no pasar factura, sino dar desde el gozo y la alegría de quien ofrece lo que recibe de Dios.

Debemos vivir esta experiencia de la gratuidad de Dios: con alegría, con “algo” que se note de felicidad, que contagie, que atraiga a través de nuestras palabras y de la vida entera.

No hemos de poner énfasis en cómo hacer inteligible la gratuidad de Dios, sino en cómo vivir en coherencia con ella. Dios ya se encarga de convertir la vida en testimonio.

Seducidas por la belleza y la bondad del Señor, hemos sido llamadas –sin mérito alguno de nuestra parte– a una particular intimidad y conocimiento de él, apartadas de lo que pudiera distraernos de ello. Bajo la influencia del utilitarismo de la cultura actual, esto puede aparecer como un desentenderse de los demás para gozar de Dios en una relación intimista, y que Dios privilegia a algunos con descuido de otros. Nada más lejos que esto del amor universal y gratuito de Dios, que no ama a nadie aisladamente, sino formando todos unidad en Cristo; y que concede libremente dones a cada miembro para el bien de todo el Cuerpo. Y nosotras entramos en la línea de este amor de Dios si –acogiendo con humildad y gratitud el don de seguir a Jesús orando en el monte– lo vivimos como nuestra peculiar aportación a la misión de la Iglesia de anunciar y hacer presente el Reino de Dios.

Dándole primacía al amor, porque el amor de Dios es gratuidad para todos. Dice Jesús: *“el que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará y lo amaré yo y vendremos a él y haremos nuestra morada en él”* (Jn 14, 23).

Responder a esta gratuidad sería “dar gratis lo que hemos recibido gratis” En humildad y responsabilidad, sin suficiencias y sin desalientos; en contraste con los valores del mundo, la vida contemplativa testimonia una vida gastada en amar y servir al Señor, una vida derramada cuyo perfume impregna toda la casa.

Necesitamos vivir la gratuidad en la conciencia personal, en la relación fraterna día a día, con la

entrega de nuestra vida, sin esperar nada a cambio. Dejando que se vayan “quemando” ante Él todos nuestros días. No ambicionando nada que no sea Él y su Reino. Lo que hemos recibido gratis, queremos darlo gratis, porque siempre será mucho más lo que recibimos de Él que lo que podemos ofrecerle nosotras.

El testimonio que damos, los que hemos recibido este Don inestimable, es amar a Jesús con corazón indiviso, entregando a Él toda la vida. Es como el unguento precioso derramado por María en Betania, en un puro acto de Amor.

Cierto que es difícil hacer inteligible hoy la gratuidad de Dios, pero no imposible; es más, el ser gratuito es algo que choca y sorprende y por lo mismo interroga.

B. Frente al poder, tener y saber.

Tanto la llamada como el seguimiento son imposibles sin su gracia. Esta reflexión personal, orada y vivida, nos coloca lejos de posturas autosuficientes tanto en el poder, como en el tener y el saber.

La fuerza simbólica y de contraste ha de llegar cuando la gente nos sitúe a los religiosos “*como hombres y mujeres que hacen de su vida una dádiva, una oblación, frente a la idolatría del tener y más tener*”... (Vida Religiosa 4,94). Corresponden así con la gratuidad de su entrega a la gratuidad de Dios.

La espiritualidad del seguimiento de Jesús nos exige desligarnos del poder, del saber y del tener, y de todas las seguridades humanas, para ir creciendo en la Comunión con Jesús. De esta manera Cristo se convierte en sujeto de nuestras acciones, para poder decir con S. Pablo “*Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí*”.

Viviendo desde la confianza la vocación recibida. Sabiendo que es el mismo Dios quien nos sostiene día a día. Por tanto con sencillez, serenidad, humildad.

Atreviéndonos a vivir a fondo “*sólo Dios basta*” de la Santa Madre. Ser capaces de “*no valer para nada*”, no ser eficaces en una sociedad que premia la eficacia y la utilidad por encima de todo

C. Siendo tales.

Es testimonio para el mundo de hoy nuestra propia vida en sí misma:

Viviendo el seguimiento de Cristo con alegría y esperanza, viviendo el amor fraterno, sabiendo perdonar, comprender y hacerse toda a todas en cada momento por amor.

Reconociendo que nuestra vocación es un don de Dios, y por lo tanto debemos vivir en continua acción de gracias para comunicar belleza y alegría. Con un corazón indiviso, entregado totalmente al Amor, una vida gastada en amar y servir al Señor, para dedicarse a su persona y a su cuerpo místico que es la Iglesia. Oración, servicio y gratuidad.

Siendo personas y comunidades maduras. Y viviendo como Cristo vivió, estando atenta interiormente a sus exigencias.

Concluyendo podemos decir que, si somos “tales” como la Santa nos dice, y vamos creciendo en fidelidad en el seguimiento de Cristo, y en el conocimiento y vivencia de la gratuidad de Dios, iremos testimoniando esta gratuidad, sin siquiera darnos cuenta, siendo como «la ciudad puesta en lo alto de un monte» que no se puede esconder. En definitiva, no se trata sino de creer y hacer vida las Palabras de san Juan de la Cruz: “*es más precioso delante de Dios un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas las obras juntas.*”

D. Con todos.

Se podría decir, en principio, que nuestra vida es “inútil” a los ojos del hombre de hoy.

Para hacer comprensible esta experiencia hay que tener en cuenta que la Vida Religiosa lleva una marca de frontera, rompedora, pero no es comprendida por los que nos contemplan e, incluso, viven afectivamente cerca de nosotros. Por eso se hace necesario responder con amor también a los que no nos aceptan o desprestigian.

Viviendo actitudes y valores fundamentales: fidelidad, humildad, sacrificio, alegría, sencillez, acogida. Teniendo una vida fraterna sencilla y alegre en comunión con los pobres.

2. ¿De qué manera nuestras comunidades podrán convertirse cada día más en testimonio de comunión con Cristo y con los demás en un mundo sediento de Dios y de fraternidad?

La dimensión de la entrega total y de la fidelidad permanente al amor constituye la base de nuestro testimonio ante el mundo.

A. Comunión con Cristo.

Siendo comunidades verdaderamente orantes. Donde la vida de oración en todas sus expresiones ocupe el primer puesto: En frase de Ntra. Sta. Madre: *“El cimiento de esta casa es la oración”*.

Una comunidad orante es hoy día un fuerte testimonio para un mundo tan alejado de la comunión con Dios. Debemos vivir la vida litúrgica, la Eucaristía sobre todo, con verdadero espíritu para unirnos cada vez más a Cristo, a su obra y misión, ya que representamos la dimensión sacerdotal y orante de Jesús. Es nuestro ministerio dentro de la Iglesia.

Sabemos que en este camino de oración el Señor nos va purificando en la vida teologal, somos purificadas en el amor para ir siendo otros Cristos en nuestro mundo. Esto se realizará si nos dejamos llevar por el Espíritu como Él lo hizo para ser testimonios vivos de Jesús que ama a todos con corazón indiviso (esto es testimonio, experiencia, que no sólo comprendo con el entendimiento... Es vida de Dios en nosotras para ser Amor).

Nuestras comunidades deben prolongar el ministerio profético y sacerdotal de Jesucristo, *“ricas de gozo y del Espíritu Santo”* (VC 45). Es la verdad de la experiencia mística de Dios la que puede anunciar el Evangelio del Padre, *“el año de gracia y su libertad”* sobre el misterio de iniquidad. Cuando nuestra conducta transparenta una vocación realizada y plena tenemos la certeza de su fecundidad, aunque la oración contemplativa no busca frutos concretos.

Sabiendo que la oración, esencial en nuestra vida, es ejercicio explícito y dinámico de fe, esperanza y amor, si la vivimos con la autenticidad y radicalidad evangélica que conlleva, daremos el más grandioso testimonio de comunión con Cristo y entre nosotras.

Nuestra comunión con Cristo se fortalece en la humildad de una vida oculta, en la serena y alegre fidelidad, en la purificación de los valores evangélicos y en la entrega al prójimo. Es un desafío ante el mundo que pide nuestra coherencia y nuestra capacidad de acogida y escucha amando prójimo-hermano, con un amor como el de Jesús.

Mediante una fuerte vivencia evangélica dentro de nuestro carisma, profundizando cada día más en la Palabra de Dios para hacerla vida mediante la vivencia de los consejos evangélicos, y éstos no como renunciadas sino como lo que son realmente, como aquellos valores que fueron también los valores de Cristo y que permanecen siempre y dan plenitud al vivir humano.

Cuando nuestra palabra y obra sea reflejo de la misericordia y humildad de Dios, vibremos y tendamos a la unidad, la misma del Padre con el Hijo en el Espíritu, y nuestro amor fraterno sea imagen del amor trinitario.

B. Comunión con las hermanas

Siendo comunidades donde se viva el Amor y el perdón. Que puedan decir: *“Mirad cómo se aman”*. Donde se viva la experiencia de Dios en fraternidad, ayudándonos en nuestras limitaciones, en las que la atención recíproca ayude a superar la soledad y las dificultades que se pueden presentar, amándonos en profundidad, en verdad. Así mostraremos los frutos del *“Mandamiento nuevo”* y haremos partícipes a los hombres de nuestra vida.

Cuidando el ambiente fraterno, viviendo verdadera vida de familia, donde todos nos amemos con nuestras diferencias y tal como somos, puesto que la unidad en la pluriformidad es una riqueza y fruto del amor mutuo. Viviendo el espíritu de servicio y don de sí; potenciando el diálogo, así como el espíritu de reconciliación y respeto mutuo, aceptándonos y acogiéndonos unas a otras tal como somos y nos ama el Señor. Teniendo como norma suprema el amor que Jesús encomendó a sus discípulos de manera que, como los primeros cristianos, llame la atención de los demás el amor entre nosotras. Hacer, en definitiva, vida el consejo de nuestra santa Madre Teresa: *“aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de ayudar”* (C 4,7).

C. Comunión con todos

Haciendo nuestros los gozos, esperanzas, angustias y sufrimientos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y sabiendo poner en ellos una presencia fraterna que acompaña y en su modo de estar hace presente a Dios, el amigo del hombre.

En la medida que vivamos hacia dentro la caridad, el olvido propio, la renuncia, la entrega incondicional a Dios y a las hermanas, estaremos testimoniando, no con palabras pero sí con hechos, esa comunión con Dios y con los hombres, puesto que queremos vivir para Él, y en Él están presentes todos los hombres. Esto nos llevará a acoger con verdadero amor a todos los que se acerquen a nuestras puertas, viendo en cada persona a un hermano.

En nuestras comunidades hay siempre ocasiones en las que podemos ser reflejo de nuestra comunión con Jesús. Muchas personas se acercan, ya sean las familias, amistades o por el trabajo. En estas ocasiones siempre, o por lo menos muchas veces, podemos tener una palabra oportuna y un criterio evangélico. Con ello, frente al egoísmo y agresividad reinantes, nuestras comunidades se convierten en testimonios de comunión y fraternidad que se manifiestan con la paz y gozo del Espíritu. Sin embargo, la preocupación del testimonio hemos de vivirla en la fe de que normalmente no será visible a nuestros ojos.

Recordar que Dios ama apasionadamente al hombre de hoy. Dios entiende, acoge y perdona a la sociedad. Nuestro testimonio tiene que ser un amor grande y apasionado al hombre, nunca el desprecio, el recelo, el miedo ni la condena.

Alimentar una actitud de comunión fraterna: todos somos hermanos, a todos nos ama Cristo, todos vivimos acogidos al amor insondable de Dios. Esta comunión fraterna sólo es posible si tomamos conciencia de la debilidad de nuestra propia fe, si nos dejamos amar con corazón limpio, descubriendo nuestra mediocridad. Todo esto exige diálogo, escucha y compartir la fe de cada uno.

Tratando con sencillez y caridad a las personas con quienes por diversos motivos nos relacionamos, viendo en ellas hermanos en Cristo.

3. ¿Cuál debe ser el testimonio que como contemplativas debemos dar de un seguimiento con dimensión profético-evangelizadora y con una clara opción preferencial por los pobres?

Lo primero que debemos afirmar es que nuestro testimonio debe ser un testimonio de gozo por la vida, llena de deseos orientados hacia el Reino, ya que somos testigos de Resurrección.

A. Profético-evangelizadora.

Un testimonio silencioso surgido de nuestra experiencia y amistad con Dios como carmelitas que nos remontamos simbólicamente al profeta Elías. Se trata de anunciar a Jesús con la vida. Y, de hecho, constatamos que no pocas veces nuestra sola presencia, como testimonio de otro tipo de valores de los normalmente vigentes, es profética y suele despertar respeto y suscitar interrogantes.

Nuestra misma vida contemplativa es el primer testimonio profético- evangelizador que damos al mundo. Anunciamos el valor de la oración y de la importancia de entregarnos a una vida donde la oración ocupa el primer puesto. Como Moisés en el monte elevamos nuestras plegarias por el mundo y sus necesidades. En un mundo que necesita muchas cosas para sentirse bien, una vida sencilla, llena de alegría, que se contenta con poco, es un testimonio profético-evangelizador. La verdadera riqueza es Dios y el ser humano, hecho a su imagen y en el que podemos encontrarlo y servirlo.

Volviendo a las fuentes, que es el Evangelio. Siguiendo a Jesús desde una experiencia personal que nos comprometa a vivir como Él vivió: opción por los pobres y anunciando con valentía los valores del Reino, y denunciando los antivalores de la sociedad.

Nuestra profecía ha de ir encaminada a descubrir la presencia del Espíritu donde otros no la ven, y a denunciar toda clase de injusticia que esté a nuestro alcance.

Aceptando con alegría y visión de eternidad, la pobreza comunitaria en las limitaciones y carencias de cada una. Cuidando con cariño especial a las hermanas mayores y/o enfermas. Testimoniando de este modo contravalores de nuestra sociedad de hoy.

Vivir como pobres de verdad, abiertos a que cualquier hermano, por sencilla que sea su vida,

pueda ser una fuente de gracia para nosotros. No caer nunca en la autosuficiencia.

Cultivar la bondad de corazón, escuchar sin juzgar, perdonar y sentirnos necesitadas de perdón.

B. Opción preferencial por los pobres.

Una clara “opción preferencial por los pobres”, será amarlos con las entrañas mismas de Cristo, como algo inherente a lo más profundo y esencial del amor. Y, por supuesto, extendiendo el adjetivo “pobres” no sólo a aquellos carentes de bienes materiales, sino a cuanto implica situación de indigencia real, moral, espiritual, cultural, etc. A todo tipo de injusticia, marginación, violencia..., en resumen, de egoísmo y de pecado. También entra aquí de lleno la tremenda crisis de fe y de valores. Ante la cual iremos *“proponiéndolos persuasivamente e impregnando con ellos la vida personal, familiar y social”* (Juan Pablo II).

Viviendo un estilo de vida humilde y austero. Sintiéndonos y siendo pobres con los pobres de nuestro mundo en las diversas manifestaciones de pobreza, sin desear ni ambicionar más de lo que Dios ya nos da. Compartiendo desde nuestras posibilidades con los que tienen menos.

Acogiendo los problemas y retos de nuestro tiempo con confianza y creatividad. Siendo realmente conscientes de ellos, sin volverles la espalda ni cerrarnos a ellos; y desde el abandono en las manos de Dios y con confianza, procurar darles las respuestas que Dios espera de nosotras.

En la medida en que nosotras nos vamos uniendo más a Cristo desde la vida y vamos siendo más libres de nosotros mismos y de las circunstancias, también nos asociamos a los pobres y anunciamos que la libertad y la dignidad nos viene dada por Dios en su Hijo Jesucristo.

Viviendo con radicalidad nuestro voto de pobreza, llamando la atención al mundo. *“Pobres de verdad en casas, palabras y mucho más en el pensamiento”*. Compartir con gozo lo que tenemos, Dios, nuestro único valor, porque el mundo de hoy necesita testigos con una clara opción por los pobres.

Jesús hace sitio en su propia vida al dolor, la soledad e impotencia de los que sufren porque no tienen sitio en el corazón de los hombres.

No pensando en los pobres de siempre, sino en esa larga lista de pobres de nuestra sociedad: niños solos y poco queridos, sin un hogar que los acoja; jóvenes desgarrados, drogadictos sin fuerza para liberarse de su dependencia; mujeres maltratadas, ancianos solos o mal atendidos, esposas y esposos traicionados y abandonados, enfermos psíquicos sin esperanza de rehabilitación, personas depresivas, inmigrantes desamparados, familias rotas por el paro, delincuentes atrapados en la cárcel...

No estar apegadas a nada, ni a nuestros bienes personales, ni comunitarios. Vivir un desprendimiento radical, poniendo todo nuestro ser al servicio de Dios y de los hermanos.

La “opción preferencial por los pobres” ha de incluir no sólo la generosidad en la participación económica, sino también una no-participación en las estructuras que generan u ocultan las injusticias.

En cuanto a la opción por los pobres, distinguimos dos cosas: una, vivir en la medida que podamos nuestra propia opción por la pobreza, haciéndonos solidarias en nuestra vida y en nuestro trabajo con los pobres. La otra, haciendo nuestras las causas de los pobres, apoyando económicamente proyectos de promoción humana y desarrollo. Y de manera más cercana, acogiendo y ayudando a los pobres que vengan directamente.

Junto a esto, nuestro testimonio como contemplativas exige una pobreza real que nos sitúe en la clase de los pobres, implica no entrar en la dialéctica mundana de la riqueza. Tener muchos bienes empuja a la ostentación, al poder, a codearnos con la gente importante... La pobreza real comporta un estilo sobrio que hasta de cosas legítimas se priva. Supone también la dependencia de los demás, una cierta inseguridad, estar contentos en los servicios menos estimados o peor retribuidos. El que es pobre por amor nunca se queja, más bien se alegra cuando siente los efectos de la pobreza (Cfr. V. Religiosa 4,94).

Sólo así es posible solidarizarse con esa pobreza global que azota a las tres cuartas partes de la humanidad. «Las comunidades contemplativas, adoptando un estilo de vida humilde y austero, deberán asumir en su oración lo *“gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de las personas de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”* (GS).

III. PERSPECTIVA HISTÓRICA DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS

1. *¿Qué rasgos caracterizan nuestra experiencia de Cristo como contemplativas que viven a principios del tercer milenio?*

Constatamos que de todas las diferentes cristologías y enfoques de la centralidad de Cristo que se han dado en la historia del cristianismo quedan rasgos en nuestra experiencia actual.

Donde conviven diferentes generaciones es fácil encontrar esta diversidad reflejada en cada generación, pues cada una está marcada por su propia formación cristológica y eclesial.

También constatamos que cada una acentúa un enfoque u otro según las distintas etapas de la vida y su propia evolución. Pero podemos afirmar que globalmente los rasgos relevantes son los de la cristología del Concilio Vaticano II, que con su apertura a la exégesis bíblica y teológica moderna, a las diversas confesiones cristianas, a las culturas y a las otras religiones, ensanchó la comprensión del misterio de Cristo en su historicidad, en la Revelación y en la misión de salvación universal.

Lo que más destaca en nuestra experiencia es, pues, la humanidad de Cristo o el Cristo de la historia.

A. Cristo hombre, revelador del Padre.

Compartió la historia con nosotros y sigue, por su Espíritu, presente y actuando en la historia.

Nuestra experiencia es la que encontramos también en nuestros Santos Padres, la humanidad de Cristo, divino y humano junto, que hácese uno con nosotros.

Cristo es la gran revelación del Padre. Para conocer al Padre y cómo nos salva, hay que conocer al Hijo.

B. Dios nos salva encarnándose en el Hijo compartiendo nuestra historia.

El conocimiento de Cristo, su encarnación, su liberación y su redención nos viene por el acercamiento a su existencia histórica. De ahí la necesidad de conocer y comprender sus gestos, actitudes, modos de actuar mediante el estudio de las Escrituras.

La Escritura estudiada, meditada, orada y celebrada en la liturgia, que cobra relieve, desplazando la piedad devocional y popular, junto a los sacramentos los vivimos como medios de encuentro y experiencia de Cristo.

C. El Hijo nos hace hijos y hermanos.

Jesús nos enseña la relación con el Padre. Él es el Hijo obediente a la voluntad del Padre, pone su vida al servicio de la obra del Padre. Trata con Él con confianza de hijo en la oración. Lo espera todo de Él en la vida, intercede ante Él por todos. Así nos muestra y nos exhorta a la oración, la confianza y la disponibilidad.

Jesús nos hace hermanos. El que nos reconcilia con Dios, hace de nosotros familia de Dios. Nos llama a la comunidad. Una comunidad que se extiende a la gran fraternidad universal. Lo pide al Padre: *“Padre, que todos sean uno”*. Nos pide a sus discípulos ser en el mundo fermento de unidad y reconciliación, ser iglesia, pueblo de Dios, que lo haga presente y se extienda, abarcando el mundo entero.

Lo vemos en entrega generosa a todos, comprometido con los pobres, desprendido de su propia vida. Una vida que termina en la cruz, signo del despojo total, pero también de la gloria. Pues ante el aparente fracaso humano del crucificado se vislumbra el triunfo de quien ha vencido toda debilidad humana y ha alcanzado la vida de Dios. Esto nos ayuda a vivir con paz el sufrimiento que pueda acarrear el compromiso con la justicia y nos llena de confianza y alegría. Como Jesús, sabemos que nuestra existencia tiene una realidad mayor que la terrena. Esto nos impulsa también a vivir en clave de fe los acontecimientos históricos, aun los adversos y a descubrirlo a Él en ellos y en cada persona.

2. ¿Cuál tipo de Cristocentrismo influye hoy en nuestra vida de oración contemplativa y en nuestra forma de seguir a Jesús?

Creemos que, en cierto modo, algo de cada uno está presente, pero nos influyen de manera especial el cristocentrismo monástico y el cristocentrismo eclesiológico, cósmico y del Vaticano II.

Por una parte, nos sentimos dentro del llamado cristocentrismo monástico: caminar con Cristo tratando de asimilarlo, de “conformarnos” con Él, con sus actitudes, reactualizando su misterio en la celebración litúrgica y en la meditación asidua de la Palabra. Es un cristocentrismo que, junto al cristocentrismo de la cruz, encuentran gran eco en la espiritualidad de nuestros santos. Conformarse a Cristo, transformarse en cristos y vivir esa sabiduría de la cruz en fe, esperanza y amor.

Por otra parte, nos influye fundamentalmente el Cristocentrismo eclesiológico, cósmico del Vaticano II, aunque no faltan elementos del cristocentrismo del corazón, con la subsiguiente devoción al Sagrado Corazón y de espiritualidad de la misericordia de Dios.

El Vaticano II, con su espiritualidad del Cuerpo Místico nos ha hecho profundizar en el misterio de la Iglesia-Comunión, que continúa el ser de Cristo. Todos los bautizados, viviendo en Cristo, participamos de su triple misión: sacerdotal, profética y real, prolongamos el ser y el misterio de Cristo desde nuestra consagración bautismal en estas tres dimensiones. Esa consagración bautismal es ratificada y plenificada por la consagración religiosa y la misión que la Iglesia nos confía como contemplativas.

Esta espiritualidad también nos permite captar el sentido profundo de la fraternidad en la Iglesia, como miembros de un mismo Cuerpo, partícipes de la misma Cabeza y llamados a compartir el mismo destino en el Reino. Nuestras hermanas Isabel de la Trinidad y santa Teresita lo exponen muy bellamente: “*ser humanidad suplementaria donde Cristo pueda continuar su misterio de Amor*” y “*sentarnos en la mesa de los pecadores*”, compartiendo nuestra fe hasta completar la Imagen de Cristo en todos los hombres. O como expresaba Gaudium et Spes, los discípulos de Cristo comparten los gozos, esperanzas, tristezas y angustias de todos los hombres, sobre todo de los pobres y los que sufren.

También nos ha orientado a buscar la comprensión y revelación del Misterio de Dios en el acontecimiento concreto de Cristo, en su existencia, en sus gestos y palabras, con el estudio y la lectura orante de la Biblia, particularmente de los evangelios. Pues todo gira hacia la transformación en Cristo que guía la evolución del mundo. Dios se ha revelado y se sigue revelando en Él.

Este cristocentrismo nos enseña que Cristo, revelación de Dios, es también revelador del verdadero proyecto humano. Buscamos descubrir su presencia en las personas y en la realidad histórica vista desde la perspectiva de la fe; sentirnos en comunión de destino con Él, estando dispuestas a vivir como Él y a pasar por lo que Él pasó. Esta es la verdadera plenitud humana: asumir, como Él, el compromiso de la transformación de la historia, siendo, como Él, testigos del amor del Padre en la entrega generosa a los hermanos y en desprendimiento de nuestra propia vida.

3. ¿Qué conclusiones prácticas sacamos de la perspectiva histórica del seguimiento de Jesús en nuestra vida carmelitana contemplativa?

El conocer la historia nos ayuda a caer en la cuenta de que no debemos instalarnos ni dogmatizar nada. En cada momento debemos ser testimonio de Dios que vive entre los hombres, haciendo inteligibles con nuestra vida las actitudes de Cristo, Palabra única del Padre. Tenemos que abrirnos a su Espíritu para ir respondiendo, día a día, en la vida cotidiana al amor de Dios y a las necesidades más profundas de los hombres. El Espíritu suscita nuevas experiencias de Dios en todos los tiempos. Porque la revelación es progresiva y se hace a la capacidad del hombre.

Todos los enfoques del seguimiento de Jesús son parciales y hay que vivir abiertas al cambio, a enriquecernos de la experiencia de los demás y a aportar la nuestra. “*Dios sólo para sí no es nuevo*” y “*hay mucho que ahondar en Cristo*”. Los diversos enfoques nos sirven para ir descubriendo en Él nuevos senos de riquezas que nunca agotaremos. De ahí la necesidad de diálogo y acogida mutua.

El reconocimiento de la parcialidad e historicidad de toda espiritualidad nos lleva a una actitud

humilde, sin pretensiones de verdad absoluta, al respeto y acogida de lo que de válido tuvieron y pueden seguir teniendo las vivencias y reflexiones que se han dado en la historia y las que surgen hoy y surgirán mañana; a una amplitud de miras, al respeto y, de modo muy especial, a la búsqueda de ese encuentro con Cristo en lo esencial que nos transforme en nueva semilla de Evangelio, en una vida en disponibilidad absoluta al Padre y en entrega amorosa al hermano.

Como carmelitas, nos impulsa a conocer cada día más la experiencia y doctrina de nuestros santos, a beber en ellas todo lo que Dios reveló a través de ellos y a comprometernos en recrearla con fidelidad creativa, en una vida de oración y comunión fraterna que testimonie nuestra participación del amor trinitario y el deseo de vivir como María en obsequio de Jesucristo. Libres de condicionamientos históricos y sin miedo a cambiar en lo accidental, cuando esto no sea ya el mejor modo de vivir y expresar nuestro verdadero ser y misión.

IV. PERSPECTIVA CARMELITANO TERESIANA DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS

1 ¿Qué aspectos de la experiencia y de la doctrina cristológica de Santa Teresa consideras más actuales para nuestra vida hoy? ¿por qué?

** Nota: los párrafos precedidos por un punto corresponden al porqué.*

Debemos volver a la relectura que hicieron de la Regla nuestros Santos Padres y a partir de ahí y de nuestra experiencia vocacional, permanecer abiertas al Espíritu. Ellos, cuando ya habían alcanzado las raíces del Carmelo, lo abrieron a horizontes nuevos, respondiendo así a los desafíos de su época. Hemos de volver a esta experiencia y a esta doctrina si queremos responder al desafío del seguimiento de Cristo hoy desde nuestra vocación carmelitano-teresiana contemplativa.

Toda la experiencia y doctrina de Santa Teresa de Jesús es eminentemente cristológica y de ello queda clara constancia en todas y cada una de las páginas de sus escritos. Con todo, pensamos que los aspectos más actuales para nuestra vida pueden ser los siguientes:

A. Sentido vivencial y experiencial.

Es toda su doctrina una visión de Cristo y de su misterio, desde la propia vida y para la vida.

- También en nosotros debe ser así. La lectura y el contacto con las Escrituras y con los escritos de nuestros Santos Padres, deben llevarnos a un contacto vivencial con Cristo y a una relación de amor con Él, Cristo vivo y Resucitado, y con nuestros hermanos los hombres.

B. Humanidad de Cristo. Cristo humanado y divino junto.

Teresa nos presenta a Cristo en su unidad total, Dios y hombre verdadero. Es en Cristo donde Dios nos alcanza a través de lo que nos es accesible que es su Humanidad Gloriosa. Y es este Cristo Glorioso (Dios y hombre verdadero) el centro de toda la mística Teresiana. Y desde ahí, Teresa asciende al misterio Trinitario, en el que siempre permanece la presencia de la Humanidad. *“Veía que aunque era Dios, que era Hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres”*(V 37, 6);

“es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre y vemosle con flaquezas y trabajos, y es compañía”(V 22, 10). Ella se relaciona siempre con Cristo Resucitado.

- Pensamos que nuestro mundo necesita le manifestemos y revelemos esta imagen de Cristo -Dios y hombre verdadero-, y estos valores –verdaderos valores humanos–, pues solo así lo podemos ver y vivir cercano y partícipe de nuestra Historia. Historia que Él en su Humanidad ha querido asumir para redimirnos y unirnos a Él.

Esta experiencia desde un Cristo Resucitado, desde el Evangelio y desde el amor al prójimo, es una respuesta actual y válida para este mundo en búsqueda, para una Iglesia desafiada y para el hombre de hoy necesitado de experiencia de Dios.

C. Oración, trato transformante de amistad.

Teresa concibe y vive la oración como encuentro personal y transformante mediante el *“trato de amistad”*

con Dios, sobre todo con la Persona de Cristo Resucitado contemplado dentro de ella como amigo, hermano, esposo, amor, con quien mantiene una relación personal, a través de la cual la persona se va conociendo a sí misma y lo vamos conociendo a Él. “*Trato de amistad*”, que para Teresa, supone un compromiso personal con el amor. (cf. V 8, 5; F 1, 7).

- Esta experiencia fundante, que a Teresa le hacía vivir no sólo junto a Cristo sino en Cristo dentro de ella, es hoy de gran actualidad, por esa sed de absoluto que sufre el hombre de hoy. La conciencia de Cristo vivo dentro de nosotros mismos nos irá transformando en Él, y las actitudes y la vida cambiarán; de este modo podremos sembrar esperanza en los corazones y ser un faro que alumbré y abra caminos de luz a los hombres de nuestro mundo. Esta experiencia de trato de amistad con Cristo Resucitado es muy importante en una sociedad en la que nuestras relaciones interpersonales son tan conflictivas; la relación personal con Cristo es la medida de todas nuestras relaciones, las plenifica y les da contenido.

D. Cristo, “libro vivo”.

Su experiencia se confirma con la Sagrada Escritura, Palabra viva de Dios, y se funda en el Evangelio. Cristo se le da como Libro vivo, donde ella asimila todo su misterio pascual de vida, muerte y Resurrección, identificándose con Él; también con destacadas figuras bíblicas: el discípulo amado, San Pablo, la Magdalena, la Samaritana, etc.

- Teresa nos invita y enseña a hacer una lectura orante de la Sagrada Escritura –en especial del Evangelio– Palabra viva y actual de Dios, buscando así conocer y amar más a Dios.

E. Cristo: Camino, Verdad y Vida.

Su insistencia de que en ningún momento de nuestra vida espiritual queramos prescindir de la Humanidad de Cristo, por la experiencia que ella misma tiene de que por este Cristo –Dios y hombre verdadero– le han venido todos los bienes; y así nos presenta a Jesús de Nazaret como el único Camino para ir al Padre y en fin a la Trinidad. De este modo, Teresa nos presenta a Jesús como Camino que nos lleva al Padre y nos enseña a ser personas plenas. “*Por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. Él lo enseñará. Mirando su vida, es el mejor dechado*” (V 22, 7).

- Pensamos que la experiencia o vivencia de Cristo como Camino o Mediador, puede ser respuesta al afán de nuestro mundo, de identificarse con ídolos que conquistan y arrastran por caminos equivocados con falsas promesas de plenitud y de paz. Cristo marca toda la existencia de Teresa, y es presencia que invade toda su vida dentro de ese camino de maduración.

F. Fraternidad y Eucaristía.

Para Teresa, la vida comunitaria está fundamentada en el amor y tiene como centro la Eucaristía, memorial de Amor: “*aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar*” (C V 4, 7) Para ella la Eucaristía es como la fuerza que da sentido y dinamismo para realizar su ideal de vida “*pues no se queda para otra cosa con nosotros sino para ayudarnos y animarnos y sustentarnos*” (CE 60, 1).

- Puesto que uno de los signos de nuestro tiempo es una deseada fraternidad universal, al tiempo que se dan también grandes conflictos de convivencia a todos los niveles sociales, pensamos que el que nosotras procuremos vivir nuestra vida fraterna como nos lo enseña nuestra Santa Madre, elemento además tan característico del Carmelo Teresiano, podemos con ello ser estímulo para el mundo, testimoniando con nuestra vida que es posible esa anhelada fraternidad.

G. Iglesia.

La Iglesia fue la gran pasión de Teresa. Le dolían en el alma sus estragos y desgarros; se gozaba enormemente con sus triunfos y victorias. Su ideal fue pertenecer a la Iglesia y afanarse por ella; amar a la Iglesia y orar por ella.

- También nuestra vida tiene que ser un don para la Iglesia y para la humanidad entera, siguiendo la enseñanza y el ejemplo de Teresa de “*que se aficionasen al bien de las almas y al aumento de su Iglesia*”.

Estos aspectos son de máxima actualidad porque nos hablan de una experiencia. Porque se centran

en el Cristo del Evangelio y nos ayudan a vivir a Cristo como quien centra, vertebra y da plenitud a nuestra vida. Y con ello fundamentan una espiritualidad y vivencia de la fe con gran realismo, basado en lo esencial y capaz de humanizar a la persona haciéndola progresivamente más a imagen de Dios.

2 ¿Qué aspectos de la experiencia y de la doctrina cristológica de san Juan de la Cruz consideras más actuales para nuestra vida hoy? ¿Por qué?

** Nota: los párrafos precedidos por un punto corresponden al porqué.*

De la experiencia místico-existencial de Cristo parte su conocimiento vivencial y doctrinal. Él luchó por una experiencia real grande dignificadora del ser, alejada de un sentimentalismo barato tan del gusto de su época y de la nuestra, por el camino de la fe y del amor. Buscar a Cristo en fe y amor es el itinerario de toda vida.

A. Cristo, Verbo Hijo de Dios.

El Santo nos dice que el ser divino de Cristo, su pertenencia a la Trinidad, no hace de Él una persona extraña al mundo y al hombre; sino que gracias a que Cristo es el Hijo de Dios, el mundo y el hombre existen y son imagen divina. Gracias a que es hijo de Dios, su humanidad puede influir eficazmente sobre la nuestra, divinizándola por su unión a nuestra naturaleza. La divinidad de Cristo, su ser el Hijo de Dios, le da la posibilidad de injertarse en la vida personal de cada uno de los hombres de todos los tiempos, cosa que no podría hacer un simple hombre. Jesucristo Hijo de Dios, por su humanidad, se adhiere estrechamente al ser y al destino de cada hombre, y así realiza la divinización del mismo: *“Es, pues, de saber que con sola esta figura de su Hijo miró Dios todas las cosas, ...”*(C 5, 4).

B. Encarnación y desposorio.

Juan de la Cruz nos habla de la Encarnación del Verbo Hijo de Dios –que él considera la obra suprema de Dios–, como desposorio de Éste con la humanidad y en cierto modo con toda la creación, (cf. C 5, 4). También presenta a Cristo como Esposo de cada alma: *“dulcísimo Jesús, Esposo de las fieles almas”* (C 40, 7).

- Hoy que se siente fuertemente la necesidad de amor verdadero y gratuito, en un mundo en que las carencias afectivas son tan frecuentes, saber experimentar a Cristo como el Amor que nos crea y nos renueva, y establecer con Él una relación de Amistad - Amor total, experimentando que *“Él nos amó primero”*, nos parece fundamental para sanar las heridas de nuestra humanidad y encontrar nuestra plenitud humana.

C. Cristo, Palabra única del Padre, modelo y mediador.

Juan de la Cruz nos revela a Cristo –Palabra única y encarnada del Padre– como Camino, Verdad y Vida en quien se hallan ocultos todos los tesoros de la Sabiduría. En Él Dios nos lo ha dicho todo y ha quedado como mudo.

- Hoy, que se habla tanto del silencio de Dios, y se le siente como ausente, Juan de la Cruz nos muestra una experiencia viva de Cristo, Palabra de Dios, en donde encontramos todo lo que Dios puede decirnos. Nos dice también dónde buscarlo y encontrarlo, y cómo escucharlo; que debe ser escuchado en silencio, elemento tan desvalorizado hoy en nuestro mundo y al que mucha gente teme y huye de él.

D. Cristo revelador del Padre, engrandecedor del hombre

Juan de la Cruz nos da a conocer cómo Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, al asumir nuestra naturaleza humana por la Encarnación, con toda nuestra debilidad y anonadamiento humano que Él vive hasta la muerte de Cruz, nos revela al Padre –Amor misericordioso y don total e incondicional– y al mismo tiempo nos revela también la grandeza del ser humano llamado a la relación de amor y unión con Dios.

- En un mundo en el cual se infravalora al hombre y que no respeta la vida ni la propia naturaleza, pero que por otro lado se busca la realización personal y el hombre siente dentro de sí grandes anhelos que no alcanza a entender, la experiencia de Cristo encarnado, crucificado, Cristo hombre pleno, nos dice donde se encuentra la máxima realización y

E. La unión de amor del hombre con Dios. Hacer nuestras las actitudes de Cristo.

Toda la doctrina de Juan de la Cruz se centra en la unión de amor del hombre con Dios, como meta de la vocación humana, puesto que sólo en Dios el hombre encuentra su plenitud en la dignidad de hijo. Unión que, según el Santo, “*consiste en tener el alma según la voluntad de Dios*” (cf. 1S 11, 2). Para ello, Juan de la Cruz nos dice que el camino es “*considerar*” (cf. C 31, 4) y hacer nuestras las actitudes de Cristo en su vida terrena: “*traiga un ordinario apetito de imitar a Cristo en todas sus cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera él*” (1 S 13, 3).

- Consideramos esto importante porque en nuestro mundo, en el que el hombre parece perder su identidad de ser humano, la Persona de Jesús nos revela nuestra más genuina verdad e identidad y nos descubre nuestra propia plenitud.

F. Cruz de Cristo.

“*Y así, en él hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios. Y esto fue, como digo, al tiempo y punto que este Señor estuvo más aniquilado en todo*” (2 S 7, 11).

Es evidente la importancia que la Cruz tiene en todos los escritos y doctrina de san Juan de la Cruz. Él ve en el anonadamiento de Cristo en la Cruz la obra más eficaz que Cristo ha realizado sobre la tierra y con la cual ilumina, da sentido y rescata de su sinrazón todos los momentos de cruz y oscuridad de nuestro vivir humano. Porque es el Amor el que da sentido y valor a la cruz.

- El sentido de la Cruz, del sufrimiento, de la ausencia–silencio de Dios, es un aspecto que nos golpea particularmente en un tiempo de incertidumbre, de injusticia y de violencia a nivel social y político y también desde nuestra perspectiva de mujeres consagradas, en un tiempo de envejecimiento, incertidumbre por falta de vocaciones ...

Desde esta visión del sufrimiento en Cristo, y por Cristo en Dios, nosotros experimentamos que Dios sufre por nosotros y en nosotros; que en Cristo, Dios vive y siente nuestros sufrimientos como propios. Sólo desde aquí podemos conservar la paz y la esperanza en tanta locura y sinrazón de nuestro mundo. El sufrimiento y la misma muerte adquieren valor o sentido y son rescatados de su sinrazón al asumirlos Cristo como propios y así los lleva con Él haciéndolos partícipes de su obra redentora.

G. Negación y vida teologal.

En Juan de la Cruz destaca con fuerza la experiencia teologal como plenitud en el Resucitado. Relación vivida como una gran historia de amor con todo lo que el amor supone de dolor por la distancia, de gozo por la presencia y de dificultad por lo distinto. Búsqueda del Esposo, Cristo, realizada en fe y en amor, con negación de los apetitos desordenados a las criaturas, noche del sentido y del espíritu, configuración con Cristo crucificado y resucitado, participación en la vida trinitaria y reencuentro con las criaturas en Dios.

San Juan de la Cruz refleja magistralmente en su doctrina el vacío existencial que sufre la humanidad alejada de Dios pero sintiendo como nunca el deseo de lo absoluto. Por ello los términos de “*noche*”, “*búsqueda*”, “*dignidad del hombre*”, “*huella de Dios en la creación*”, ..., encajan perfectamente con las vivencias profundas del hombre de hoy.

- La cultura actual hace que el hombre contemporáneo viva en un ambiente superficial que dificulta el encontrarse con el sentido más profundo de su vida que está en su propio interior. En esta situación la doctrina de san Juan de la Cruz puede abrir caminos de interiorización que lleven al ser humano a su plenitud, que es la unión con Dios, vocación definitiva del hombre. Nuestro Santo Padre, siendo un hombre de profunda experiencia, expresa su pensamiento cristológico, a través de un sistema. En algunos de sus tratados aparece el hombre en búsqueda, la persona parte de esta búsqueda para ir descubriendo a Cristo y se realiza caminando por etapas, en fe y amor, sin detenerse en las cosas por el camino.

3 ¿Cómo podríamos profundizar y testimoniar hoy un seguimiento de Jesús orientado por la experiencia y la doctrina de nuestros Santos Padres?

Pensamos que el testimonio viene solo, cuando vivimos profundamente la doctrina y la experiencia, con esa actitud de docilidad al Espíritu y búsqueda constante de la voluntad de Dios a través de los signos de los tiempos y circunstancias que nos tocan vivir. Ella sola irradia, sin que tengamos que hacer nada especial buscando “dar testimonio”, sabiendo que nuestra propia experiencia y vivencia enriquece al Carmelo y a la Iglesia.

1. Alimentando nuestra oración con la Palabra de Dios y con la lectura orante de las Obras de nuestros Santos Padres, así como confrontando nuestras actitudes con la Palabra de Dios.
2. Poniendo de relieve la dimensión de encarnación, es decir, descubriendo a Dios en la historia concreta, haciendo lecturas cristocéntrica y cristológica de nuestra vida. Cristo es nuestra clave de interpretación, pues sólo así podremos acercarnos al hombre con y desde Cristo.
3. Sabiendo descubrir las propias experiencias de noche como lugares de encuentro con Él en una misma y en la historia. La aceptación diaria de nuestras condiciones concretas, muchas veces vividas en fe oscura, que nos hace estar siempre en las manos de Dios y ponernos en manos de Quien nos llamó, les descubre a muchos que están ellos también en un camino de seguimiento y de ese modo descubren la cercanía de Dios. Asumir nuestras limitaciones, enfermedad, vejez, falta de vocaciones, es hoy una manera de vivir nuestra pobreza, la que nos traza el Señor.
4. Orando y ayudando a orar a quienes se nos acerquen. Manifestando a ese Dios que en Jesús nos muestra la plenitud a la que estamos llamados.
5. Poniendo más atención en lo interior y esencial que en lo externo y accidental. Ejercer discernimiento en todo con amplitud de miras, como Jesús, como nuestros Santos Padres.
6. Viviendo el característico amor fraterno teresiano, como nos lo inculcó nuestra Santa Madre: *“aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar”* (C 4, 7). Siendo tales como ella nos pintaba en sus deseos.
7. Potenciando los valores esenciales de nuestro Carisma, siendo muy conscientes de nuestra identidad y vocación. Poniendo en práctica los consejos de nuestra Santa Madre, de *“siempre habrías de mirar que sois cimientos de las que están por venir”* y *“siguiendo los consejos con la mayor perfección posible”*; Y también lo que nos dice el Santo de *“imitar a Cristo en todas sus cosas, conformándose con su vida, la cual deben considerar para saberla imitar”*. De este modo podremos responder a los desafíos de nuestra época, como ellos supieron responder a los de la suya.

También, como dicen el documento *Vita Consecrata* y los documentos de nuestra Orden, hay que conocer y profundizar las características, necesidades y carencias del hombre de nuestro tiempo para, desde nuestra vida, poder darles respuestas adecuadas. Con nuestra vida de carmelitas y nuestra experiencia teresiana-sanjuanista podremos testimoniar al mundo que Dios no es un Dios lejano, sino que se puede tener con Él un trato íntimo y amistoso; que la plenitud del hombre y la felicidad verdadera se encuentran en Dios y no en las cosas y placeres de este mundo. Manifestarles que somos plenamente felices viviendo para el Señor.

Nuestros Santos Padres nos transmiten en sus escritos y en sus vidas un camino de seguimiento a Jesús de una riqueza y profundidad tales que nos llevan siempre a lo esencial. Por eso el sumergirnos en su lectura nos ayuda a incorporarnos al misterio de Cristo y a vivir nuestro carisma carmelitano desde el Evangelio, caminando en pos de El, viviendo, dando testimonio de una vida centrada en Cristo, con fidelidad a la oración y con una formación continua que nos lleve a profundizar en la experiencia cristológica que ellos tuvieron.

V. PERSPECTIVA PRÁCTICA DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS

1. ¿Qué consecuencias prácticas tiene esta consideración de los votos religiosos y la vida fraterna en comunidad como un modo de vivir las tres exigencias del seguimiento de Cristo?

A.

Queda superado un enfoque juricista de los votos, con preocupación por las normas,

casuística, distinción entre materia de voto y virtud... También verlos como una manera heroica de alcanzar la propia perfección, a base de grandes renunciaciones. Los votos son expresión de que queremos seguir a Jesús pobre, casto y obediente y hacer nuestras sus actitudes y sentimientos

B. Clarifica y fortalece nuestra identidad como personas consagradas. La vida religiosa aparece claramente integrada en el conjunto de todas las vocaciones cristianas. La consagración por los votos no nos segrega, sino que nos hace un grupo específico dentro de la gran familia de los seguidores de Cristo. Un grupo que comparte con el resto la consagración bautismal y que la profundiza con un compromiso total por don del Espíritu para el bien de la Iglesia, no como privilegio personal. De ello nace solidaridad con todos, gratuidad, sencillez.

Todos somos llamados a la santidad, a seguir a Cristo por la práctica de los consejos evangélicos, a todos nos alcanzan las exigencias de su seguimiento. Los consagrados los abrazamos con radicalidad en nuestro programa de vida por medio de la profesión con votos de los consejos evangélicos y la vida fraterna en comunidad.

C.

Muestra cómo el cauce donde se hace práctico el seguimiento de Jesús es para nosotras la vida fraterna en comunidad. Ésta, cuyo modelo es el grupo de los Apóstoles, está llamada a ser como aquél continuadora de la experiencia y de la obra de Jesús. Testimonio de que somos, como Jesús, hijos de Dios; por tanto, hermanos y hermanas, miembros de la familia de Dios. Y Dios, presente en este mundo, nos llama a hacer de él un lugar donde reine su amor infinito. Los votos tienen el significado de relativizar la familia (castidad), los bienes (pobreza) y la pertenencia de la propia vida (obediencia) para poner como absoluto el servicio del Reino.

D.

La consecuencia principal es un cristocentrismo radical. La norma suprema, el modelo de vida, es Cristo. Hemos de ser como Él, testimoniar que en Él se halla la plenitud, ser profundamente humanas como seguidoras de un Jesús encarnado en todo lo humano, potenciadoras del crecimiento propio y de los demás, de la liberación de todo lo que empequeñece al hombre esclavizándolo. El programa son las bienaventuranzas. Hemos también de estar dispuestas a pasar por donde Él pasó: incompreensión, soledad, abandono, persecución, injusticia, no asimilación por parte del poder establecido.

La reflexión sobre cada voto en particular dentro de su normal y obligada referencia a la vida en comunidad, nos lleva a las siguientes consideraciones:

Castidad:

La vivencia de la castidad se debe reflejar en nuestra vida en una fraternidad universal que se debe traducir en un corazón misericordioso y acogedor hacia todos los hombres, empezando por los que tenemos más cerca, los miembros de nuestra propia comunidad, y desde aquí, abrir nuestro corazón a toda la humanidad. Por esto creemos que podemos y debemos potenciar y valorar más la vida comunitaria, haciendo crecer la unión, cuidando los pequeños detalles, compartiendo las alegrías y los dolores, creciendo siempre en diálogo. Amar a cada uno como es, dejarlos ser ellos mismos. Sabemos que esto supone una renuncia fuerte a nuestro modo de ser y nuestro ego, pues todos tendemos a convertirnos en “norma” para los demás. Por eso vemos muy necesario cultivar “las soberanas virtudes” que la Santa nos recomienda en Camino: desasimiento, humildad y caridad unas con otras.

Pobreza:

La pobreza, “desasimiento”, es la mejor manera de buscar caminos de libertad frente a la materialidad y al consumismo, y encontrar así la verdadera riqueza que se encuentra en la entrega gratuita y sin condiciones en favor de los demás. Trae un señorío que nos lleva a crecer en nuestra dignidad de hijos de Dios y pone de relieve los valores de la libertad, la verdad, el amor y la justicia. A través de una vida sencilla y vigilante esforzándonos por no caer en el aburguesamiento, superamos también formas fijas de pensamiento como expresión de una pobreza que no se queda en la materialidad sino que implica todas las dimensiones de la persona. Espíritu de pobreza es también tener espíritu de agradecimiento, acogiendo el amor y los servicios que nos prestan las hermanas; poder prescindir de relaciones y afectos, no vivir necesitándolos, para darnos mejor a los otros. En resumen, sería buscar lo único necesario del Evangelio. Esto lleva necesariamente a una liberación de todo, lo material y también lo espiritual. Pero implica, además, necesariamente una gran dosis de renuncia, una intensa y cotidiana, a la vez que serena, experiencia de la cruz.

Obediencia: Es una identificación con la experiencia de Cristo mismo que “*no vino a hacer su voluntad sino la del Padre*”. Que en último término es ir construyendo juntos el Reino de Dios como proyecto de amor para la comunidad y para la propia vida. Un Reino que se vive en el amor que sirve y acoge y que se enfrenta decididamente a la diferencia, que es capaz de abrirse a nuevas formas de entender los valores esenciales a través del diálogo. Por ello consideramos importante el que procuremos cultivar y crecer en el deseo de cumplir siempre la voluntad de Dios en todo, buscándola y viéndola siempre en las pequeñas cosas cotidianas, en las circunstancias ordinarias y en el diálogo comunitario y con los superiores. Sabemos que esto lleva a vivir necesariamente la cruz, pues supone renunciar a nuestros modos, nuestros puntos de vista, nuestros apegos, nuestros planes. Supone también una superación constante de nuestro modo de ver la voluntad de Dios, que sabemos que podemos muy fácilmente confundir con nuestros gustos, para liberarnos y ser capaces de ver la voluntad de Dios en otros modos de ver. Todo esto nos lleva a una libertad verdadera, y a crecer siempre en el amor, sin negarnos a ver la dificultad que encierra y que supone un compromiso diario por parte de cada miembro de la comunidad de vivir en espíritu de conversión continua, de purificación constante.

2. Desde la perspectiva carmelitano-teresiana ¿qué matices podrían caracterizar los votos y la vida fraterna en comunidad en la práctica?

Nuestra vida, por su carácter puramente contemplativo, caracteriza los votos de manera absoluta como consagración totalmente gratuita de la persona. Nos proponemos vivir y expresamos con ellos la entrega y la disponibilidad al amor de Dios, dejando en sus manos la fecundidad de nuestra existencia. Carecemos de obras y logros humanos. Con ello vivimos y expresamos el absoluto de Dios.

Somos llamadas a una experiencia de la unión con Dios y de su amor, según el modelo de los Santos Padres y a la luz de su doctrina. Los votos son expresión de las virtudes teologales de las que Teresa y Juan de la Cruz son maestros cualificados. La dimensión teologal es el raíl por donde caminan los votos y cobra sentido toda la vida de la carmelita.

Los matices que caracterizan los votos y la vida fraterna en comunidad los encontramos en el Camino de Perfección, donde la Sta. Madre pone como base del camino de oración las que llamamos “grandes virtudes teresianas”:

Amor unas con otras / *Castidad consagrada* / Amor-Caridad

Desasimiento / *Pobreza consagrada* / Esperanza

Humildad / *Obediencia consagrada* / Fe

Creemos que la experiencia y la doctrina de nuestros Santos Padres está muy acorde con la consideración de los votos como seguimiento de Cristo. Él es el camino que nos conduce a la unión con Dios o participación en la vida trinitaria. Los votos centran toda nuestra vida en conocer, amar y poner nuestra existencia al servicio de Cristo y de todo lo que Él vivió: “*Pues esta vida si no es para imitarle no es buena*» y «*den a entender lo que profesan, que es Cristo desnudamente*”(Vivir en obsequio de Jesucristo).

Todo el fundamento es ir creciendo en amistad con Él, Esposo, Amigo, Hermano, Señor. He ahí el cristocentrismo de Teresa, esa compañía de la Humanidad de Cristo, que nos hace vivir los votos con una referencia especial al Evangelio, como un seguirle y vivir su vida. Y verle y encontrarle en las personas, los acontecimientos, lo que nos rodea y sucede cada día. Vida y oración se identifican.

La comunidad como “*pequeño colegio de Cristo*” –con el estilo de hermandad querido por la Sta. Madre, basado en la sencillez, la alegría, la franqueza en el trato– marca la vivencia de los votos. Nuestra peculiar condición de ser un grupo pequeño y centrado en la oración es un reto y una riqueza para vivir unas con otras el amor, el desasimiento, la humildad.

Amor **unas** **con** **otras**
hace referencia directa a la castidad: amor preferencial por Cristo, amor indiviso a Dios y a los demás, viviendo fuertemente el carácter sponsal, es decir, como decía muchas veces la Sta. Madre, como esposas de Cristo y éste Crucificado, teniendo fijos nuestros ojos y corazón en Él. Amor que se ha de “encarnar” y probar en el amor a las hermanas “*porque si amamos a Dios no se puede saber..., mas el amor del prójimo sí*”. La Sta. Madre llenó de humanismo las relaciones dentro de la comunidad y la soledad la quiso capacidad de comunión. “*Aquí todas han de ser*

amigas, todas se han de querer, todas se han de amar, todas se han de ayudar.”

Educación del corazón. Pues, como dice el santo: *“cuanto más crece este amor, tanto más crece el de Dios y cuanto más el de Dios, más este del prójimo”*. Un amor limpio de todo egoísmo y sensualidad, bien fundado no es cosa de un día sino el empeño de toda la vida, *“no penséis que os lo habéis de hallar hecho”*. Un amor así ensancha el corazón a todos y nos dispone a la contemplación de las cosas divinas pues *“el limpio de corazón en todas las cosas halla noticia de Dios”* (3S 26,6).

Desasimiento de todo lo creado

hace referencia a la pobreza, que en el Carmelo tiene el sentido especial de desasimiento: *“Abrazándonos con sólo el Criador y no se nos dando nada por todo lo criado”* o *“libres quiere Dios a sus esposas, asidas sólo a Él”*.

La santa Madre va a la pobreza de espíritu –que nos prepara al encuentro contemplativo con Dios– y desde ahí urge a la pobreza real, efectiva en todos los campos: desde los externos a los íntimos, en casa, vestidos, palabras, pensamiento y discreción de vida, vida de trabajo y gratuidad.

Humildad

hace referencia a la obediencia. Obediencia ante todo al plan de Dios, que pasa por la mediación humana. Es, por tanto, reconocer que nuestra vida no le pertenece sino a Él. Santa Teresa define la humildad como *“andar en verdad”* y nos dice que sin ella, *“que es cimiento”*, no se dan el amor de unas con otras ni el desasimiento, porque *“apartarnos de nosotras y ser contra nosotras es recia cosa”*.

Este andar en verdad que es la humildad, nos pone en conocimiento de quién es Dios y quiénes somos nosotras. Él es todo y nosotras no somos sino lo que Él nos regala. En esta verdad se asienta la verdadera liberación de una misma para poner la vida en manos de Dios, a imitación de Cristo, *“pongamos los ojos en Cristo y aprendamos la verdadera humildad”*.

La Sta. Madre quiere una obediencia basada en el amor *“la priora procure ser amada para ser obedecida”* y destaca mucho que estemos atentas a la voluntad de Dios, que es la unión que Él quiere para nosotras.

Ponemos finalmente de relieve el sentido apostólico que la Sta. Madre imprime a su vida y a la de su familia, orientando la oración, seguir los consejos evangélicos con la mayor perfección posible, y la vida entera al servicio de la Iglesia. (cfr. C 1, 2-5).

También infunde un nuevo espíritu de devoción a la Virgen María, viendo en ella un modelo de consagración. Vivir en obsequio de Jesucristo como ella, imitándola en su vida de fe y contemplación del Misterio de Jesús, acogiendo la Palabra y dejándonos modelar por ella...

3. ¿Cómo presentar con un lenguaje existencial inteligible el compromiso de los votos y de la vida fraterna en comunidad hoy, en nuestro ambiente socio-cultural y eclesial?

Presentar en un lenguaje que todos entiendan nuestra vida es uno de los retos o desafíos a que es difícil dar respuesta. Sabemos que nuestra vida no es fácil de entender y que la mayor parte de nuestra sociedad no la entiende. En gran parte por el contraste entre lo que tratamos de vivir y lo que se vive en nuestro entorno, pero algo también debido a falta de adecuación en nuestra manera de expresarlo.

Jesús explicó las cosas más difíciles o elevadas en forma de cuentos o parábolas que las acercaban a la comprensión de todos sus oyentes. Nosotras tendríamos que conocer el lenguaje de la gente de hoy, sus intereses, sus valores y deseos para poder transmitirles nuestra experiencia de seguimiento de Cristo y que ellos la entendieran.

Sería bueno hablar de pobreza desde el término solidaridad-compartir, por la sensibilidad hacia esa realidad.

Hablar de diálogo como medio de búsqueda de la verdad, de encuentro entre personas, es más actual que formularlo desde la obediencia a un superior.

El hombre actual se mueve más por lo sensitivo que por las ideas; presentar a Jesús como ALGUIEN que puede llenar los deseos de tu corazón, esa PERSONA a quien

entregar tu vida y junto a ella hacer comunidad con otras hermanas que se aman y están disponibles a las necesidades de los hombres, es una manera inteligible de traducir el amor entregado y recibido.

Pero, aunque no sobran las palabras, hay que reconocer que el mejor lenguaje con que hablar al hombre de hoy es el de la propia existencia; lo que convence es la AUTENTICIDAD DE VIDA, ya que nuestros contemporáneos están hastiados de palabras vanas, de promesas incumplidas, de demagogias que intentan manipularle el pensamiento.

Creemos que nuestro lenguaje existencial será inteligible si nace de la vivencia profunda de lo que expresamos, de la experiencia personal y vital, auténtica.... ‘*siendo tales*’, al decir de la Sta. Madre. Una vida auténtica será fuente de interrogantes sobre todo en el aspecto comunitario, verdad en nuestro ser, en nuestras palabras, en nuestra oración. Si es algo existencial, eso es inteligible siempre.

Lo más inteligible es el amor, la capacidad de acogida y comprensión, el vernos vivir una vida fraterna. De ahí, de ‘*mirad cómo se aman*’», se puede pasar al ‘*mirad cómo es Dios*’. Nuestra vida fraterna es un reto, una interrogación a nuestra sociedad individualista. Con el lenguaje de la vida, ‘*venid y ved*’. Hoy se necesita más del testimonio que de las palabras.

Si de verdad vivimos en coherencia con lo que significa el compromiso de los votos y de la vida en comunidad.

Al hombre de hoy que aspira a enriquecerse, a poseer, le expresaremos con una vida realmente pobre, la riqueza de poseer todas las cosas sin ser poseídas por ellas y el tesoro que se da a quien lo deja todo por Cristo y su Reino.

Al que aspira al amor, al placer, le diremos con nuestra consagración al amor indiviso que nos sabemos infinitamente amadas y que nos hace felices el puro amor de Cristo y de las hermanas.

Al que aspira al poder, al dominio, a la libertad, le diremos que la obediencia a la voluntad de Dios nos hace libres y poderosas (la obediencia todo lo alcanza).

Al que aspira a un mundo en comunión o, quizá, ha perdido la esperanza de conseguirlo, le mostraremos que la comunión fraterna es posible a pesar de todas las dificultades porque es un don del Espíritu.

[Volver](#)